

---

**Raquel SÁNCHEZ-PADILLA, Ángela CALERO y José Enrique AGULLÓ (coords.),**  
*Discursos en torno a la discapacidad: Paradigmas, espacios e itinerarios,*  
Valencia: Neopàtria, 2017, 175 pp., 15,5 x 21,5, ISBN 978-84-1683-373-3.

Este libro recoge algunas de las aportaciones que se hicieron en la I Jornada de Antropología y Discapacidad: Paradigmas, Espacios e Itinerarios. Estas aportaciones cubren el terreno de la discapacidad desde su versión médica hasta la indagación antropológica sobre sus presupuestos filosóficos, la situación legal y la atención social, tanto escolar como profesional, hasta apuntes de crítica política y cultural. Aunque el título mencione «discapacidad», desde la primera página se habla de ella como una pseudo-categoría. En realidad, la línea de fondo que se desarrolla en buena parte de estas investigaciones consiste en subrayar la singularidad personal de todas las personas, frente a la reducción normativa que la cultura opera sobre lo que es el ser humano. Y, en continuidad con la singularidad, el cambio de perspectiva que supone dejar de usar el concepto de discapacidad por el de «diversidad funcional».

El título del primer capítulo constituye toda una declaración de intenciones: «Cuerpos singulares: la discapacidad/diversidad funcional como experiencia». En él se reúne una amplia investigación empírica desarrollada en cuatro países europeos sobre cómo los cambios políticos a diverso nivel están afectando a las personas con diversidad funcional. Denuncian la reificación del cuerpo sometido a una catarata de pruebas médicas cuyo sentido resulta extraño a la propia experiencia del sujeto. Junto a dicha cosificación, los conceptos de deficiencia y discapacidad ocultan sistemáticamente el cuerpo del hombre singular. Proponen una «nueva política del cuerpo que permita cobrar conciencia de la subjetividad emocional y promueva la participación social de todas las personas en igualdad de condiciones» (p. 12). El segundo capítulo se orienta especialmente hacia la participación de cada hombre singular en las riquezas culturales de toda la sociedad y desarrollan las condiciones en que esta participación puede resultar exitosa. El tercero se centra en la atención a la singularidad en la infancia y, particularmente, en el ámbito escolar. Estas páginas suponen un baño de realidad y promueven un compromiso personal por el bien común de cada persona singular, más allá de los roles definidos como normales y de las funciones reguladas socialmente en las distintas profesiones.

Los dos siguientes capítulos tienen como denominador común la medicina. Ignacio Sánchez Cubillo analiza qué es el daño cerebral infantil y sus consecuencias y tratamientos protocolizados. Pilar Codoñer, por su parte, presenta la atención pediátrica de la discapacidad intelectual en sus causas, diagnósticos diferenciales y tratamientos posibles. La autora señala que los estudios epidemiológicos subrayan la relación entre la pobreza, la privación psicosocial, la desnutrición y la discapacidad intelectual. Asimismo destaca el cambio de perspectiva al que estamos asistiendo: la «discapacidad» se ve como un hecho social producto de la interacción de factores tanto individuales como sociales.

En el capítulo sexto, que firman los coordinadores de la obra, se estudian los diversos itinerarios liminares por los que atraviesan las familias hasta su entrada definitiva en el «mundo de la discapacidad». El estudio se refiere a las diferentes estructuras de acogida que se encuentran en la Comunidad Valenciana. «La insuficiente adecuación de las estructuras sociales de acogida para las personas con discapacidad, provoca cruzar involuntariamente esa frontera que separa socialmente y da paso al periplo liminar en el que una persona se siente desprovista de sus apoyos sociales y ha de buscarlos por su cuenta o sufrir marginalmente la falta de ellos» (p. 138). Los autores destacan la falta de advertencia de que el modo de ser humanos de todas personas es la interdependencia en el respeto y la justicia: la discapacidad que aísla de la normalidad afecta tanto a la sociedad como al que goza de «diversidad funcional». La exclusión de la normalidad social sólo deja como opción rebelarse contra ella y proponer una reformulación de la sociedad, e intentar otorgar entre todos a la diversidad funcional singular «una adecuación entre el nosotros» (p. 141). Aunque esa estrategia se manifiesta revolucionaria frente a «la cultura hedonista, racista y pragmática, para la que sólo cuenta la evanescencia del exitoso» (p. 141). El enemigo principal de esa revolución es el silencio, de uno y otro lado, que crea espacios aislados, soledad, pérdida, descrédito, marginación... Para esto hace falta la imaginación de nuevas estructuras de acogida que construyan una sociedad en la que la normalidad incluya a todos (cfr. p. 144), a cada una de las singularidades que caracterizan a la persona. «En la medida que las personas con discapacidad son admitidas en el orden social como miembros propios, se convierten ellas mismas en garantes del equilibrio de dicho orden. La presencia igualitaria de diversidad funcional en cualquier institución o estructura, aleja de los peligros a una sociedad que puede quedar dominada por oligarquías, racismo o evolucionismos sociales; o por socieda-

des circulares compuestas de élites y triunfadores, edificadas sobre las tumbas de los inferiores y perdedores» (p. 146). Y así lograr entre todos «la calidad de vida de cualquier *del nosotros* en su singularidad y en su interdependencia» (p. 151).

Finalmente, Xavier Escribano nos invita a «aprender de nuevo a ver el mundo». Advierte que vivimos en una sociedad hedonista y consumista que pone en el cuerpo grandes expectativas y lo somete a enormes exigencias, «puesto que espera de él todo género de gratificaciones» (p. 156). Frente a ella, la deficiencia «tiene algo de obscuro y de escandaloso, puesto que resulta una prueba tangible de nuestra propia fragilidad, de nuestra vulnerabilidad constitutiva» (p. 157): representan al otro, símbolo viviente de la derrota y de la fragilidad. Por eso, «es preciso poner en circulación una imagen más sagrada del cuerpo, que incluya la posibilidad del dolor, la experiencia de la limitación, la necesidad de un funcionamiento diverso del habitual o normalizado, y que en lugar de evitarlos y ocultarlos, le proporcione un pleno acceso al espacio cívico, reconociendo también la pluralidad de expresiones de lo humano» (p. 158). Por eso la disfunción es algo más que un asunto médico, es una experiencia y una construcción discursiva de la sociedad. En cuanto experiencia supone siempre un deshacerse del mundo que elimina la intencionalidad motriz del cuerpo personal. En cuanto narración corre el peligro de confundir el cuerpo humano como expresión de la propia identidad con el aplastamiento del individuo ante la categorización de alguien no del todo humano. Por eso propone el arte escénico, que consiste a la vez en la propia presentación del cuerpo mientras que nos enseña a ver y nos da qué pensar. Y propone la experiencia de la danza integrada como un modo eminentemente humano de hacer valer la singularidad de cada persona.

En definitiva, se trata de unas páginas que no dejan indiferentes. La antropología social muestra todo el poder de la teoría para enfrentarnos con nuestra propia cultura y para abrir camino a la humana novedad de la cultura: a la iniciativa humanizadora que da sentido al propio trabajo, a la sociabilidad amable del que respeta la dignidad de cada ser humano. Este estudio es útil tanto para aquellos que buscan nuevos modos de actuación social, como para aquellos que estamos comprometidos en la inacabable tarea de saber quiénes somos y quiénes podemos llegar a ser.

Enrique MOROS